

# Cómo entrenar a tu dragón - La historia de un vikingo diferente



En una isla lejana y fría llamada Isla Mema, vivía un chico delgado, con cara de soñador y un corazón muy grande. Su nombre era Hipo Horrendo Abadejo III, aunque todo el mundo lo llamaba simplemente Hipo. Hipo no era como los otros vikingos: no era fuerte, ni gritón, ni le gustaban las peleas. Mientras los demás luchaban contra dragones, él prefería pensar, inventar cosas raras y dibujar.

En Isla Mema, los dragones atacaban el pueblo casi todas las noches. Se llevaban ovejas, quemaban casas y dejaban todo patas arriba. Por eso, los vikingos pensaban que los dragones eran sus enemigos. Todos aprendían desde pequeños a luchar contra ellos... y a odiarlos.

Pero Hipo no odiaba a los dragones. Le daban curiosidad. Le parecía que había algo más detrás de sus alas y su fuego.



Un día, durante un gran ataque de dragones, Hipo decidió que quería demostrar que también podía ser un verdadero vikingo. Usó una de sus máquinas inventadas y disparó a un dragón muy raro y veloz: un Furia Nocturna, el tipo de dragón más peligroso y misterioso de todos. Nadie lo había visto de cerca. ¡Y Hipo lo había derribado!

Pero cuando fue al bosque a buscar su trofeo... lo encontró herido, atrapado y mirándolo con unos ojos grandes y brillantes. Iba a matarlo, como hacían todos los vikingos. Levantó su cuchillo... pero no pudo. No podía hacer daño a una criatura que lo miraba sin odio.

En vez de matarlo, le cortó la cuerda y lo dejó libre. El dragón lo miró, sin entender nada, y se fue volando... bueno, más o menos. Tenía una parte de la cola rota y no podía volar bien.

A partir de ese día, Hipo empezó a visitarlo en secreto. Poco a poco, el dragón aprendió a confiar en él. Le puso un nombre: Desdentao, porque no parecía tener dientes (aunque sí los tenía, ¡y grandes!).

Hipo le construyó una prótesis para la cola y descubrió que si montaba sobre su lomo, ¡podían volar juntos! Era como montar una tormenta, pero con alas.



Mientras tanto, en el pueblo, Hipo tenía que asistir a las clases de entrenamiento para matar dragones. Pero en vez de atacarlos, empezó a entenderlos, observarlos y aprender sus secretos. Descubrió que no eran malos por naturaleza, sino que tenían miedo... o estaban siendo obligados.

Todos en el pueblo, incluso su padre Estoico el Vasto, jefe de los vikingos, empezaron a sorprenderse: Hipo era el mejor de su clase... ¡sin hacer daño a ningún dragón!

Pero el secreto no duró mucho. Cuando descubrieron que Hipo tenía un dragón como amigo, todo el mundo se enfadó. Estoico no entendía cómo su hijo podía estar del lado del enemigo. Decidió ir con todos los vikingos a encontrar el nido de los dragones para destruirlo de una vez por todas.

Lo que no sabían era que en ese nido vivía un dragón enorme, gigantesco y terrible, que obligaba a los demás dragones a robar comida para él. Los dragones no atacaban por maldad, sino porque ese monstruo los controlaba.



Hipo quiso advertirles, pero nadie lo escuchó. Así que tomó una decisión valiente: montó a Desdentao, voló hacia la batalla, y junto con sus amigos y sus dragones, lucharon para proteger tanto a los humanos como a los dragones.

La batalla fue dura, pero al final, con valor, inteligencia y trabajo en equipo, Hipo y Desdentao derrotaron al gran dragón malvado.

Cuando todo terminó, los vikingos ya no veían a los dragones como enemigos, sino como compañeros. El pueblo cambió. Ya no se entrenaban para matar dragones, sino para volar con ellos.

Y aunque Hipo perdió una pierna en la batalla, ganó algo mucho más grande: la confianza de su padre, el respeto de su gente, y la amistad de una criatura mágica para toda la vida.

Desde entonces, Isla Mema se convirtió en un lugar donde vikingos y dragones vivían juntos en paz, volando por el cielo como si fueran uno solo.

Porque a veces, para cambiar el mundo, no hace falta ser fuerte... solo hay que atreverse a ver con otros ojos.

